

con la espada, y la lanza será de su manejo. Prevengo los auxilios de víveres, y el refuerzo ceñido a su impotencia, contando apenas con 400 hombres escogidos en el preciso tiempo de cuatro días, y estoy con sólo 80 fusiles buenos, 40 pistolas y 400 lanzas, espadas y otros arneses de ellos, sobre 100 fusiles más y varias armas con que cuento en el puerto; al mismo tiempo que en todos los Partidos se acuartelarán los trozos necesarios a contener y asegurar los pueblos a conducir socorros donde y como yo los pueda pedir... Por este medio que todo haré constar a V. E., por medio del Cuaderno copiador general de providencias, me persuado haber hecho más de lo que creía, en vista de ser todo funesto cuanto se presentaba, y que en verdad nada tiene cimientos; y sólo me confía mi esperanza de que Dios contribuye con su auxilio al que está vigilante y no descansa en sus procedimientos, sino que solicita le dé su gracia y don para el acierto.

Escasez de vecinos; pobreza de dinero; atraso en las cosechas; milicia de inexpertos; oficiales foráneos del distrito; asambleas de necios, y negros maltratados y serviles, son aspectos terribles para auxilio de un general experto. V. E. reciba ésta, confidencial, como resumen de mis procedimientos en la primer jornada, y como signo de su benevolencia hacia este subalterno que desea acertar en este día como ha logrado hacerlo por espacio de 48 años que tiene el honor de ser soldado del Rey más piadoso y justiciero.

Soy como debo de V. E. su fiel apasionado.— Que S. M. B.— Exmo. Señor.— **Manuel González.**— Exmo. Señor Don Joaquín de la Pezuela.

(Contestada en 13 de Agosto)

2

Exmo. Señor: Desde que entré al desempeño de la comisión que V. E. se ha dignado confiarme en esta costa, me propuse corresponderla del modo más compatible con las críticas circunstancias del día, y con la pobreza militar que arrojan de sí todos estos destinos, deseoso de no alterar por mi parte la quietud de V. E. con noticias y consultas melancólicas, que no fuesen de la mayor ur-

gencia y no estuviese a mis alcances su remedio. Hasta hoy he sido consecuente en mi propósito. Pero, como ya pudiera acaso notarse mi silencio, creo de mi deber imponer a V. E. rápidamente de cuanto he practicado en los 65 días de marcha repetidas, de paradas necesarias y de tareas continuas, que he ocupado hasta hoy en la primera recorrida del vasto distrito que abraza mi comisión.

Extensiva ésta desde Lurín a Nazca, he visitado por ahora, con prolija detención, todos los pueblos intermedios que se encuentran en el camino de la costa hasta la ciudad de Ica, dirigiendo desde aquí mis órdenes e instrucciones a aquellos límites, por interesar más en el día mi regreso a Pisco. Y de su reconocimiento puedo asegurar a V. E. que éste es el único punto que puede provocar a los enemigos extraños, y que debe llamar toda nuestra consideración, vigilancia y conatos, como lo tengo indicado a V. E. en 1º y 19 del pasado, pues, en las noventa leguas que arroja la costa entre dichos extremos, no se encuentra otro puerto ni desembarcadero digno del menor cuidado.

Los únicos que prestan alguna protección y abrigo para botes y lanchas pequeñas, son los situados entre los puntos de Llalla, Chocalla, Cerro Azul y Centinela; y como demarcables y muy dominantes he establecido vigías en ellos bajo ciertas instrucciones, y guías para su más acertado desempeño, que he confiado a los mismos residentes y naturales bajo la dirección y celo del Subdelegado del Partido. El de la primera se ha encargado al Cabildo y Justicia de Chilca, como que se halla situada a dos millas de aquel pueblo, y desde donde se registra con claridad la caleta de Curaguasi y puerto de Pucusana, que se hallan en aquella inmediación. El de la segunda se ha puesto al cuidado del Capitán Don José Solano, administrador de la hacienda de Bujama, como que está a milla y media de su caserío; nombrándolo, para más estimularlo, Comandante provisional de aquel distrito, desde el valle de Mala hasta el de Asia. El de la tercera se ha encargado al celo de los Alcaldes de Cañete, con el auxilio de los indios del pueblo viejo y pueblo nuevo, los del Imperial y los del mismo Cerro Azul. Y el de la cuarta se ha confiado al Cabildo y Justicia de los pueblos alto y bajo de Chíncha, como que está a su vista, y cuya situación dominante es la más a propósito para la observación y descubierta de aquella, parte del Golfo, hasta la embocadura de Pisco, en cuya isla de Lobillos se ha establecido otra vigia doble,

de cuenta de la Real Hacienda, pues que las demás están sostenidas sin el menor gravamen de ésta. No lo he hecho así con el puerto de Caballa, porque no prestando ningún temor su localidad, por hallarse en una costa desierta, separado más de catorce leguas, por inmenso arenales, de toda población, poco abrigado por naturaleza, y muy arriesgado por las fuertes paracas que reinan en aquella parte, me ha parecido inoficiosa toda precaución cerca de este puerto, defendido por sí mismo y tan lejano de la capital. Con todo, he ordenado al Comandante militar de Nazca no se descuide en hacer frecuentemente algunas correrías y descubiertas sobre aquella remota costa.

Al mismo tiempo, conciliando las cortas fuerzas mezquinos medios de todos estos puertos, he procurado darles las medidas más justas a su comportamiento. Así es que las Justicias de Chilca quedaron penetradas e instruidas de acudir con la gente escogida de su pueblo a cualquiera sorpresa que por sus costas pueda sobrevenir, dándoles al intento una guía parcial acomodada a su discernimiento. En Bujama hallé un hombre capaz de todo desempeño, como ya lo dejo indicado a V. E.; el cual no sólo estará atento a que en todo el distrito de su mando se retire el ganado que auxiliará también con su gente los comarcanos y la milicia de Atala a cuanto se presente en aquella su comprensión. Después en Cañete hube de conciliar el desgredado Cuerpo de milicias con la extensión que abrazan los linderos de crecidas haciendas, las cuales, con los pequeños pueblos de la costa de puros naturales, los considero afectos al Juez Real Subdelegado del Partido, y en tanto quedó ya organizado de los casos y medios en que deberá obrar, mientras que el diminuto cuerpo provisional se rehace, organiza y sirve de refuerzo. Se aumentó el armamento de fusiles con 20 que dejé allí nuevos, y se aprontan las lanzas necesarias al mejor surtimiento, acuartelando cinco hombres precisos para cuidarlas y dirigir los pliegos.

En Chincha se ordenó lo indispensable, ya que son los primeros que han de acudir a Pisco. Un oficial del cuerpo, contraído y muy celoso, Don Valentín Benítez, está con sueldo de Sargento y quince pesos de gratificación, encargado del todo, como la disciplina, dirección de los Pliegos, cuidado de las armas, de Vigías, y por sí mismo hacer la descubierta, teniendo en todo suficiente arreglo a lo que da de sí un tan pequeño pueblo inmediato a la playa, que le auxilio con cinco acuartelados de a caballo,

y la instrucción que como a todos dejo. En Pisco se acordó lo más preciso a la escasez de medios, pues apenas cuarenta hombres alcancé a acuartelar, que con un oficial subalterno están en rigurosa disciplina; mas, careciendo todos de caballos, y siendo indispensable el mantenerlos para las descubiertas, mandé buscar de Ica quince hombres que aun supliendo el dinero para proveerlos, no han venido hasta el día. Hice traer un armero, recoger los fusiles que se hallan descompuestos, poner las municiones en diferentes puntos, con las demás medidas concernientes al debido arreglo, volviendo luego a Chíncha a juntar para acuerdo a los nobles hacendados. Nada quedó por hacer a interesarlos en sus procedimientos, y comprendo que están bien penetrados, y al tanto de mi conducta en todo satisfechos. Luego que pasé a Ica, acuartelé en el tránsito dos hombres buenos, que quedan en Chunchanga para facilitar el tránsito de los Pliegos, y me propuse seguir hasta el extremo de mi jurisdicción; mas, desde luego oficié a Palpa y Nazca, y de sus conceptos me impongo de que su localidad se halla distante de temer ningún riesgo por los mares; en consecuencia, dejo de revisarlos para mi segunda jornada, previniendo como en todos los demás puntos, cuanto concierne al aumento del Cuerpo, orden de disciplina con prontitud a mi auxilio, y para ello limité la jurisdicción militar de Palpa hasta el Ingenio en el Coronel Val, que la obtenía; quedando muy de acuerdo en que el celoso y sagaz Alcalde de la Nazca, Don José Manuel Mesa, de quien V. E. me penetró dándome los papeles, quedase allí encargado, y en consecuencia le dí mi nombramiento provisional a nombre de V. E., y cuya comisión me la ha admitido con el decoro que hace todos los desempeños; tienen sus instrucciones y cuantas prevenciones les revistaré luego. Envié 20 fusiles nuevos, treinta libras de pólvora, y mandé acuartelar cinco hombres en cada uno de los departamentos, para que en comunicación con Acarí, en conducción de Pliegos, en patrullas y cuidar de armamentos, haya quien los auxilie, siguiendo a establecer en Ica lo más propio y más pronto a mi refuerzo en caso necesario, de cuyas instrucciones y todos mis manejos queda bien penetrado el Comandante militar de aquel Partido, a quien están sujetos el de Palpa y el de Nazca. Tomé también el más prolijo conocimiento de Estancias y de Haciendas, que son un germen inmenso de bandidos; propuse algunos medios de coartarlos, y al efecto hice se acuartelasen diez soldados, por ser muy corto el resto de los diez veteranos que no están empleados; y así luego conviniendo a los indios, disciplinando al pueblo, persuadiendo a los jueces, y previendo todo cuanto pueda sobrevenir,

dejé aquella ciudad para ver de auxiliar lo que le ocurra al Comandante de la Escuadrilla, como expuse a V. E. en 29 del pasado. Resultando hasta aquí de mi primera jornada, haber sólo gravado a la Real Hacienda con el aumento de sesenta y dos hombres de fuerza en diversos cuarteles, sobre los veinticinco que se estimaban en Pisco; y la Vigía doble de la isla de Lobillos, con más unos cien pesos en dos meses de gastos extraordinarios, cuya nota se la haré pasar al Administrador de Pisco al recogerlos.

Creo, Exmo. Señor, haber dado en resumen un concreto de mi primera jornada; y en tanto que evacúo la segunda que voy a principiar reconociendo, pulsando y corrigiendo lo que haya que enmendar, no pienso molestar a V. E. mientras no se presente algún objeto que deba consultar.

Dios guarde a V. E. muchos años. Cuartel General de la Costa del Sur en Chíncha, a 7 de Agosto de 1818.— Exmo. Señor.— *Manuel González*.— Exmo. Señor Virrey del Perú.

3

La carta de V. S., de 7 del presente, me ha impuesto de cuanto hasta su fecha había practicado al mejor desempeño de la comisión conferida por este Superior Gobierno, y de las disposiciones y medidas que había establecido para el posible resguardo y defensa de la parte de esta costa, comprendida en el territorio de su mando, estableciendo en cada punto de ella, sujetos idóneos que llenen el objeto del real servicio según la importancia de cada uno de ellos, y los medios que proporcionan los recursos de sus inmediaciones; poniendo vigías y guías en los lugares más aparentes para descubrir las velas sospechosas que asomen, y transmitir los avisos a donde convenga con la correspondiente celeridad; y trabajando intensamente tanto en el arreglo de esas desgraciadas milicias, como en excitar en favor de la causa del Rey los apagados sentimientos de la generalidad de ese paisanaje; con suceso tan feliz que las seguridades que V. S. me da del estado en que todo va quedando en esa costa, han disipado la mayor parte de los recelos que agitaban mi imaginación acerca de las resultas que podría tener en ella, si llegase a intentar impedirla.

No sólo, pues, apruebo cuanto me dice V. S. haber ejecutado hasta aquella fecha en desempeño de su comisión, sino que